

LAS AVENTURAS DEL SAPO RUPERTO

ROY BEROCCAY

Ilustraciones de Daniel Soulier

loqueleg

Carta del sapo Ruperto (mucho tiempo después)



¡Hola, amigas y amigos! Aunque no lo crean, les estoy escribiendo una carta. Bueno, escribir, lo que se dice escribir no, porque me canso de saltar encima de las teclas. Así que le estoy dictando a mi asistente, Roy, para que ponga lo que yo quiero decir.

7

Me dieron ganas de recordar estas aventuras, que leerán en este libro o escucharán si alguien se las lee, porque pasó mucho, mucho, mucho tiempo, una pila de tiempo, un toco de tiempo, y se me dio por acordarme de cuando viví esas cosas.

Yo era muy chico, no como ahora que soy más grande y gord..., bueno, más grande.

Si sería chico que en el primer cuento ni aparezco. Sí, el bicho Juancho fue el primer personaje, pero parece que no le fue bien con los críticos o algo y





aunque ese primer cuento estaba bastante bueno, le faltaba algo genial, algo increíble. O sea: ¡yo!

Por eso se me dio por aparecer ya en el segundo cuento. Yo era muy chiquito, un sapito tiernito y verdecito y lleno de diminutivos, y al ver esa luz en una casa, una luz que se llenaba de deliciosos bichos, me arrimé y terminé metiéndome adentro. Ahí descubrí por primera vez que los humanos son raros, que tienen toda clase de aparatos y un charco adentro de la casa en el que se sientan a leer revistas o mirar su celular.

8

Pero después de eso, cuando yo ya era un poquito más grande, me fui al arroyo y ahí conocí a la tonina. ¡Qué bicho insoportable! Sí, ustedes capaz que vieron delfines en la tele, y son relindos y simpáticos y se ríen así: iiiii-iiiiii-iiiiii, y todo eso. Pero en persona, o en mamífero, no se los banca. Pasa que como tienen el cerebro más grande y son re-inteligentes, se creen relistos. Pero yo fui más listo y pude ayudarlo o ayudarla, ya que nunca me dijo qué era, y lograr que pudiera ir al mar a molestar a otros..., eh, a nadar libremente entre las olas.

Y tengo que decirles la verdad: a esa altura, o sea a ras del suelo, yo ya tenía ganas de más aventuras, de convertirme en un gran héroe, en

el genio increíble que soy ahora, y lo digo con total humildad.

Sí, ahí llegó la idea de viajar al espacio en una cañita voladora. Es que el espacio es tan lindo... Oscuro, lleno de estrellas, y planetas y marcianos que invaden la Tierra y meteoritos y esteroides... ¿Qué? ¿Asteroides? Bueno, es parecido, ino sean pesados!

Bueno, como les decía, mi viaje en cañita voladora no fue muy largo, es verdad, pero logré lo que nunca antes se había logrado: volar al otro lado del arroyo. ¡Eso fue genial! Aunque es verdad que en el viaje (esto nunca se supo) me asusté un poco y ya sabemos qué le pasa a los sapos cuando se asustan. ¡Sí! ¡Y no había llevado pañales ni nada!

Pero después decidí que lo mío era la música. Me imaginé convertido en una estrella, pero no del espacio, sino de *rock*, rodeado de ruidos, luces, humo, gritos de histeria; lo más parecido a un incendio que hay, ¿no? Fue muy divertido, y la rana vieja resultó ser tremenda baterista. Claro que eso fue en los orígenes de la banda; todavía no estaba Jeremías en el bajo, ni había hecho giras y sacado discos ni nada de eso. Pero tuve que dejar por un tiempo porque las ranas me perseguían enloquecidas. Después supe que era porque querían que



les devolviera la plata de las entradas; pero esa es otra historia.

Así que me fui de nuevo al mar. Si antes había logrado ayudar a una tonina, ¿por qué no podía ayudar a un pescado azul enorme, gigantesco? Claro, como les dije, yo era más joven entonces y no sabía que las ballenas no son peces. ¡Son lo más parecido a un pez que hay!

10 Es verdad que ahí, para ayudar a la pobre, tuvimos que trabajar todos juntos, los bichos. Es que no se entiende que haya humanos que van por ahí tirándoles con arpones, que son unas flechas enormes. ¡Si las ballenas no hacen nada!

Por suerte, ahora los humanos de acá lograron que se las proteja y vienen todos los años más y más ballenas a pasear y hacer de novios y todo eso.

¡Me encantan las ballenas! Algún día voy a tener una, si Tamara está de acuerdo, porque hay que darle de comer. Al bicho, a la ballena; no a Tamara. Y no es fácil. Tamara, no la ballena.

Y así llegamos al momento más importante de mi carrera. Bueno, no sé por qué le dicen carrera, si no estoy corriendo contra nadie. Pero fue el momento en que me pasó algo que me convirtió en lo que soy ahora.





¿Qué? ¿Un sapo obeso, viejo y pesado?

¡No! ¡Un héroe, un detective, un genio, un capo, el número uno de todos los números uno! Eso sí, de nuevo dicho con toda humildad.

Pasa que en ese momento se me dio por querer ser superhéroe. Los superhéroes vuelan, tienen una fuerza increíble, usan mallas ajustadas como los bailarines de *ballet*, antifaces como en carnaval y capas como los vampiros. ¡Me parecía genial!

Pero claro, descubrí que los héroes tienen villanos enemigos que les hacen la vida imposible.

11

Esos momentos fueron tan importantes en mi vida que le pedí a mi asistente, Roy, que les leyera el cuento y lo grabara en esos aparatos que tiene él. Y claro, se entusiasmó y le metió musiquita y ruidos y todo eso. Se pone insoportable con la guitarrita a veces, jeje.

Pero el momento culminante, importante, el antes y después, es justo al final de esa historia. Esa última frase que salió de la nada y que un día será estudiada por las maestras y los profes de Literatura del mundo. Les podría decir la frase, pero vayan y vean por ustedes mismos.

Ahí tomé la decisión que cambió mi vida y la de muchos bichos para siempre.

Por eso ahora, años después, quería volver a compartir con ustedes esos momentos que fueron tan importantes para mí y que seguro un día estarán en todos los libros de Historia al lado de todos los próceres de la patria, que son tan increíbles que hasta se les ponen sus nombres a las calles: sí, un día seré tan genial como Bulevar Artigas, como doña Ruta Interbalnearia, u Oficial 9 y todas esas leyendas.

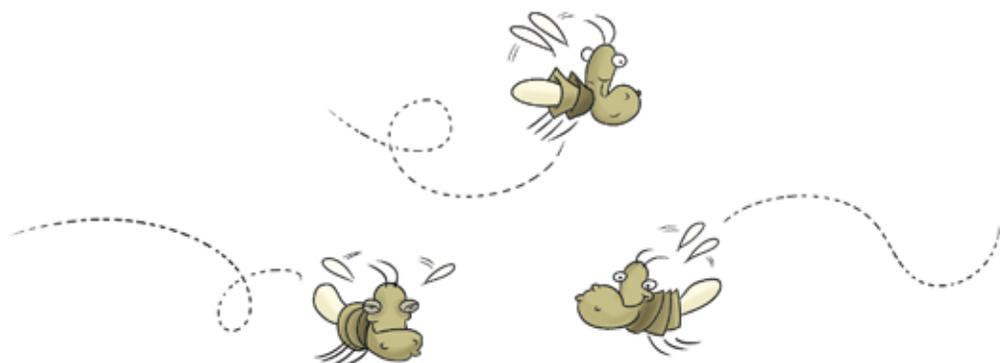
Por ahora, me alcanza con el monumento a orillas del arroyo Solís Chico.

¡Abrazo verde para ustedes!

Ruperto Sapo Sapo



Los bichos de luz



El arroyo Solís Chico era un lugar tranquilo y todos los animales que vivían a sus orillas parecían muy contentos. De un lado, entre unos árboles altos, vivían unos bichos chiquitos y negros. Cerca de ahí, apenas a unos cuantos pasos del lugar donde el arroyo entraba en el mar, había también un enorme cangrejal, que es el lugar donde viven miles de cangrejos. Cerca de la otra orilla, también dentro de un pequeño bosque de pinos, había un charco grande habitado por los sapos.

13

Los sapos, los cangrejos y los bichos negros acostumbraban organizar carreras, bailes y toda clase de actividades, sin que nadie los molestara. De los hombres, mujeres y niños que

vivían en las casitas del lugar, los bichos sabían muy poco, y como alguien les había dicho que las personas eran seres muy raros y peligrosos, preferían no acercarse demasiado.

Pero un día todo cambió. El arroyo parecía distinto. Los peces que siempre se arrimaban a comer entre las rocas habían preferido esconderse en el barro del fondo. Los cangrejos, en lugar de salir a tomar el sol en la playa chica, se habían quedado en sus cuevas, y ni siquiera los bichitos que vivían en los árboles del bosque se habían animado a salir a volar como lo hacían todas las tardes, cuando el sol se hundía en el mar y llegaba la noche.

Algo estaba pasando y todos los bichos andaban muy nerviosos desde hacía muchos días. El lío había empezado unas quince salidas del

14



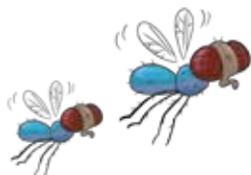
sol atrás, cuando aparecieron en una de las orillas unas máquinas grandísimas con ruedas, que hacían un ruido bárbaro y andaban plaf plaf aplastando plantas y tirando árboles.

Los hombres que manejaban las máquinas andaban de aquí para allá con caras muy serias. Hacían pozos y también medían el terreno con unas tiras largas y amarillas.

Con mucha atención, durante esos quince días los animalitos habían observado lo que sucedía. El ruido de las máquinas no los dejaba dormir y cada vez que caía un árbol todos se preocupaban muchísimo, porque sabían que en cada árbol que caía, vivían pájaros, hormigas, mariposas y un montón de otros bichos muy pequeños que de pronto se quedaban sin casa.

Los bichitos negros de la otra orilla decidieron por fin averiguar qué era lo que sucedía. Pero como no eran bichos de hacer las cosas así nomás, se lo pasaron discutiendo un buen rato hasta que decidieron, entre todos, que lo mejor sería enviar a tres bichos espías.

Cuando fue bien de noche, el bicho Juancho y otros dos se aprontaron para cruzar el arroyo.



—Tengan cuidado y vuelvan enseguida —les recomendó el bicho más viejo de todos—, con los hombres nunca se sabe.

Los tres valientes cruzaron el arroyo volando bien bajo y tratando de no hacer mucho ruido. Cuando llegaron al lugar de los hombres, se escondieron entre los yuyos para escuchar la conversación de dos de ellos.

16 —Si seguimos así, mañana va a quedar todo pronto —dijo uno de los hombres, que tenía un casco amarillo que le quedaba muy gracioso.

—Sí —dijo el otro hombre—, así por fin las casas y la escuela de esta zona van a tener luz eléctrica.

Los bichos escondidos quedaron congelados por el asombro. Nunca habían escuchado hablar de esa cosa llamada “luz eléctrica” y pensaron que seguramente sería algo terrible y peligroso.

Cuando los hombres se fueron, los bichos volaron rapidísimo de vuelta a su bosque para contarles a los demás lo que habían averiguado.

—Van a poner una cosa que se llama luz eléctrica —dijo el bicho Juancho poniendo voz de preocupado.

—¿Luz eléctrica? —preguntaron los demás.

—Sí, eso, luz eléctrica —contestó el bicho Juancho.

Todos se quedaron callados. El bicho más viejo bajó entonces de su rama y puso voz de importante:

—Estoy seguro de que la luz eléctrica es una cosa mala —dijo.

—¡Claro! —agregó otro bicho—, porque para luz tenemos el sol, ¿no?

Todos se quedaron muy pensativos. Creían que a lo mejor los hombres iban a poner un sol en el bosque de enfrente, un sol que iba a estar siempre allí, prendido hasta de noche.

—Entonces no podríamos dormir —protestó el bicho Juancho.

—Y la luna no sabría cuándo tiene que salir —dijo otro.

—Sí, y todos los bichos del arroyo andaríamos abombados porque con luz todo el día al final quedaríamos cansadísimos —agregó el bicho viejo.

Los bichos se agarraban la cabeza y discutían qué se podía hacer. Uno dijo que lo mejor sería mudarse a otro bosque. Otro bicho dijo que había que ir y agarrar a los hombres a patadas; pero los bichos se miraron las patas flacas y no creyeron que esa fuera una buena idea.



—Los hombres son demasiado grandes —indicó el bicho viejo.

—¡Lo tengo, lo tengo! —gritó de pronto Juancho—. Lo que tenemos que hacer es esperar a que terminen y después robarles la luz.

—¡Sí, sí, robarles la luz! —exclamaron muy contentos.

Como todos estaban de acuerdo y muy contentos con la idea, a ninguno se le ocurrió pensar cómo podrían hacer, pero igual decidieron esperar hasta que los hombres terminaran.

18

Cuando amaneció, volvieron a aparecer los hombres y con las máquinas y los martillos empezaron dale que te dale, haciendo tanto ruido que todos los bichos tuvieron que levantarse temprano.

Los hombres estuvieron muchas horas tirando abajo los últimos árboles, haciendo pozos, poniendo unas cajas grandes y negras con postes, cables, alambrados y hasta un cartel con una calavera que metía miedo por lo fea y tenía escrita la palabra 'peligro' justo abajo.

Los bichos, desde el otro lado del arroyo, seguían mirando muy atentos, tratando de pensar cómo le podían robar la luz a los

hombres, cuando de pronto escucharon que uno de los trabajadores gritó “ahooooooooora” y zmmmmmm, zmmmmmmmm, un zumbido fuerte, muy fuerte, como el de una abeja gigante, hizo temblar los árboles.

—¿Qué será? —preguntó el bicho viejo.

—Luz no es —comentó Juancho.

—Sol tampoco —dijo otro.

Cuando los hombres terminaron era casi de noche. El zumbido era ahora mucho más suave y apenas se oía. Los bichos resolvieron esperar un poco más y cuando estuvieron seguros de que no quedaba ningún hombre, se colocaron en fila para llevar a cabo el plan de Juancho: ir y robarles la luz eléctrica.

—Tengan cuidado —recomendó el bicho viejo, que no podía ir porque ya tenía las alas gastadas.

Como si fueran un montón de aviones pequeños, cruzaron el arroyo. El bicho Juancho, que iba adelante, seguía muy preocupado. Ninguno sabía cómo hacer. ¿Dónde guardarían la luz eléctrica los hombres? ¿Estaría en aquellas cajas grandes y negras? Cuando llegaron, todos los bichos se pararon en el cartel con la calavera. Juancho se puso a escuchar. Se dio



cuenta de que el zumbido venía de adentro de una de las cajas y que seguía muy bajito por adentro de esas cosas largas y finitas llamadas cables.

Juancho pensó que si ellos podían cortar los cables, entonces la luz saldría y se la podrían llevar, así que les gritó a los demás bichos: “¡A los cables, a los cables!”, pero ninguno se movió.

20 —¿Qué cosa es un cable? —preguntaron.

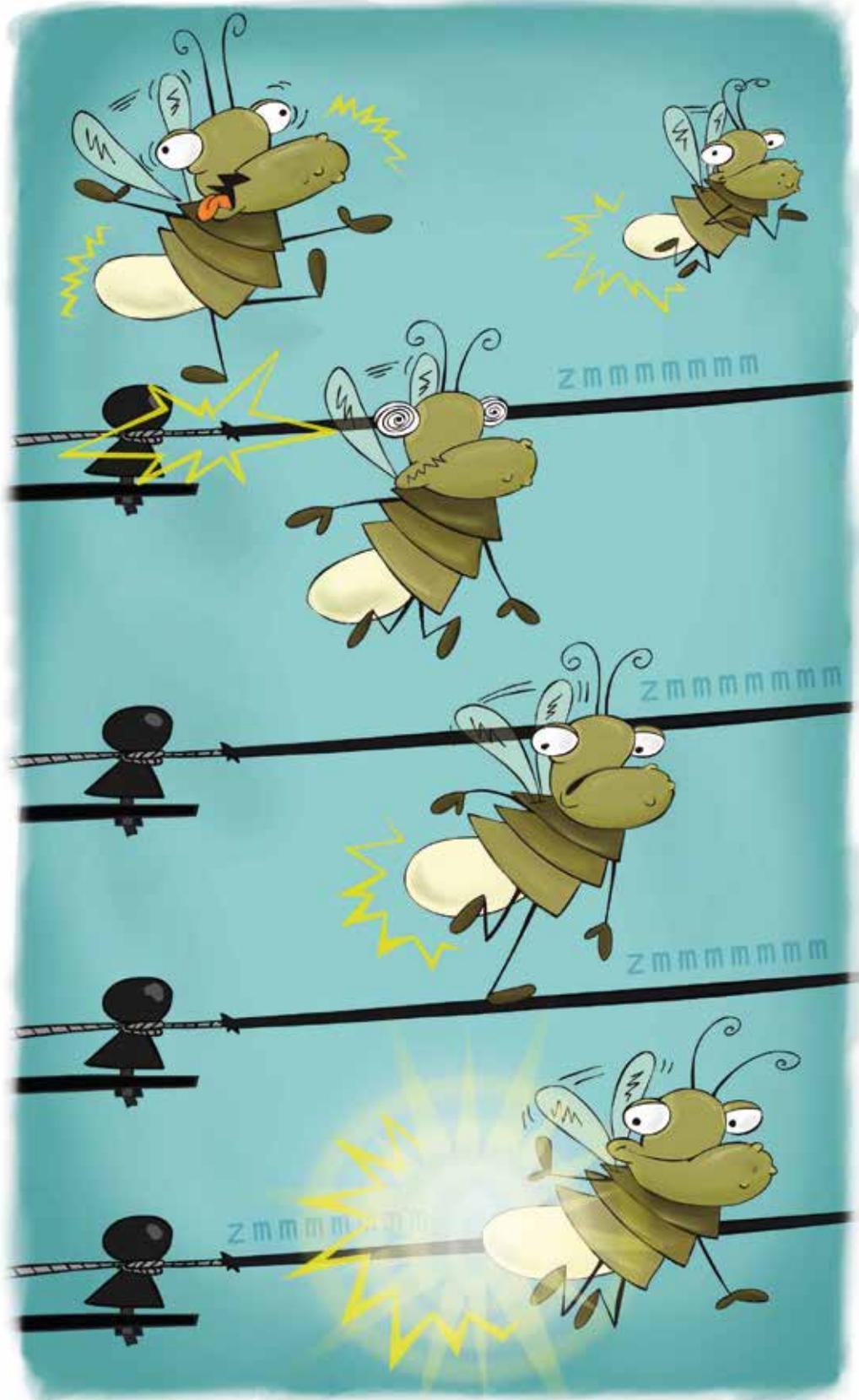
Juancho tuvo que explicarles. Entonces sí, todos salieron volando y llegaron hasta los cables negros que hacían zmmmm, zmmmm, muy bajito.

Haciendo equilibrio encima de los cables, los bichos llegaron hasta unos fierros que había en la caja negra. Se dieron cuenta de que en ese lugar los cables se enroscaban, seguramente para chupar la luz. Decidieron pararse en los fierros y, de pronto, ocurrió algo rarísimo.

—¡Ayyyyyyy! —gritaron.

—¡Ayyyyyyy! —repitieron.

Un montón de chispas empezaron a saltar por todos lados y los bichos descubrieron que la caja, los fierros y los cables, además de zumbar como las abejas, daban patadas como de caballo.





¡Ayyyyyy, ayyyyyy! Los bichos no sabían que pararse en un cable pelado es una de las cosas más peligrosas que hay y, como aquello les dolía mucho, resolvieron salir de allí lo antes posible.

—¡Vámonos! —gritó el bicho Juancho y salió disparado como una flecha. Los demás bichos, todavía quejándose, volaron atrás.

“¡Qué cosa más peligrosa es la luz eléctrica!, el viejo tenía razón”, pensaba el bicho Juancho mientras volaba encima del arroyo. Pero de pronto escuchó risas y más risas. Por alguna razón, los bichos que venían detrás de él se habían empezado a reír.

—¿Qué les pasa? —preguntó Juancho, enojado.

—¡Tenés luz en la cola! ¡Tenés luz en la cola! —contestaban los otros, riendo.

El bicho Juancho no lo podía creer y decidió mirarse la cola. ¡Era cierto! ¡Su cola brillaba como una linterna! Cuanto más movía las alas, más luz tenía.

El bicho Juancho miró a los demás y empezó a reír él también.

Todos los bichitos ahora tenían luces en las colas.

—¡Les robamos la luz a los hombres! —gritó muy contento.

Todos gritaron “viva” y “hurra” y otras cosas porque creyeron que habían ganado.

Cuando el bicho más viejo miró desde un árbol vio que, en medio de la oscuridad, venían volando un montón de puntitos de luz.

—¿Qué serán? —se preguntaba el bicho viejo poniendo cara de asustado—. ¡Vienen hacia mí!, ¡socorro!, ¡auxilio! ¡Se viene la luz eléctrica! —empezó a gritar corriendo de un lado a otro encima de una rama.

Las luces estaban ahora muy cerca y una de ellas se había parado en la punta de la rama.

—Soy yo, viejo —dijo la voz de la luz eléctrica.

Los otros bichos también se acercaron. El viejo, cuando vio quiénes eran y que ahora tenían luz en las colas, abrió la boca tan grande que después no la podía cerrar, de tanto asombro que había tragado.

—Las co, las coco, las cocolas, les bri, les brillan —tartamudeó.

—Sí —contestaron los bichos, muy contentos—. ¡Les robamos la luz a los hombres!

Los bichos estaban tan felices que enseguida levantaron vuelo y empezaron a hacer piruetas en el aire. Un cangrejo, que no podía dormir



con tanto alboroto, se asomó desde su cueva en la playa de abajo. Miró hacia el cielo y creyó que estaba soñando, porque nunca había visto a las estrellas saltar y moverse de esa manera.

—¡Bobadas! —gruñó el cangrejo—. ¡Todo el mundo sabe que las estrellas no pueden moverse! —protestó y se fue de vuelta a dormir.

Desde esa noche, cada vez que sale la luna, sobre el arroyo ocurren cosas mágicas. De un lado, cerca de la estación de UTE, se encienden unas luces pequeñas en las casas de los hombres. Del otro lado andan por el aire los bichitos de luz, asombrando a los cangrejos, que no creen y se acercan para ver el baile loco de las estrellas que se cayeron del cielo.

